

---

---

## El visitante

---

---

*Mi sorpresa no tuvo límites cuando abrí la puerta de mi casa y me encontré con un hombre idéntico a mí y que dijo llamarse como yo. Me anunciaba con una sonrisa irónica, que en el fondo era conmisericordia, que, desde mañana a las ocho, tomaba mi puesto en la oficina y que me sustituía en todas mis actividades y atribuciones.*

*Mi sorpresa se disparó en indignación, pues me creí víctima de un infame chantaje. Aquel hombre me miraba con sorna y me estudiaba dentro del alma como si me conociese de toda la vida. Cuando vio mi ira reflejada en el semblante y la intención de darle con la puerta en las narices, sin que yo le invitase, pasó al recibidor, parecía conocer la casa. Con una amable y odiosa hospitalidad me indicó que me sentase. El tomaba el papel de anfitrión y yo de huésped. Se acercó al mueble bar y tomó dos copas y una botella de jerez. Conocía mis gustos, que al parecer eran también los suyos. Sirvió muy despacio teniendo mucho cuidado en no dejar caer ni una sola gota sobre el mármol de la mesa. Me miró con complicidad y dijo:*

*—No hay como una copita de jerez a estas horas.*

*Era mi frase tónica, mi muletilla para invitar a alguien cuando llegaba a casa. Porque yo presumía que el jerez era lo que más gustaba a todo el mundo. Me encerré en mí mismo hurañamente y no quise responderle. El, no obstante, con una familiaridad asquerosa, me puso la mano sobre el hombro y dijo:*

*—Hombre... ¡Tampoco es para ponerse así...! Vengo a hacerle un favor. Conozco sus íntimos deseos y sé que tiene ganas de abandonar la oficina y dedicarse a sus aficiones creadoras, que está harto de tanta burocracia y que tal vez desea jubilarse, prematuramente, si no le diera vergüenza ser un jubilado a los cuarenta años por aquello del qué dirán.*

*Sabía leer mis más profundas intenciones, los secretos más oscuros de mis deseos. Me encontré desarmado ante él, completamente abatido. El podía llegar a la oficina y decir que yo era un mal administrativo, que en absoluto me interesaba aquel trabajo rutinario, que me servía para vivir y dedicarme por las tardes a escribir. ¿Quién era realmente aquel tipo que de pronto irrumpía en mi vida y destruía en una sola visita los secretos de cada uno, con los cuales se sobrevive a la vulgaridad? Vestía como yo: pantalón azul, americana de cuadros grises, el nudo de la corbata flojo, el cordón del zapato izquierdo destrenzado. Barba de existencialista sin éxito, gafas de intelectual sin empleo y ese aire de estar de paso de aquel que aún no ha encontrado su sitio.*

*Estuve estudiando sus gestos, las inflexiones de su voz; en todo se parecía a mí, y no era una copia sino la misma identidad. No se trataba de un caso de doble personalidad sino de idénticos. (Ultimamente había leído en una revista que unos científicos, especialistas en genética, habían conseguido producir ejemplares de rata, idénticos, iguales,*

y que ello traería grandes consecuencias para la humanidad, pues podría multiplicarse un ejemplar interesante tantas veces como se quisiera.)

¿Tendría ante mí un caso de espejismo, de ciencia ficción, una situación paranormal o acaso una consecuencia de los males literarios? Pensé que un hombre repetido una sola vez ya es indignante. El otro se levantó y yo le seguí hasta la puerta sin saber lo que hacía. Me tendió la mano que yo no quise estrechar. Se rió con esa suficiencia de hombre que está por encima de las circunstancias, que siempre tiene una palabra para las contrariedades de la vida, y dijo:

—Como quieras, para ti sería mejor que fuésemos amigos; ello te evitaría muchas contradicciones.

¿Por qué me tuteaba? ¿Cuándo le había dado yo tal confianza? ¿El mal humor, la cólera, tenían que reflejarse en mi rostro? Me resulta odiosa esa gente que en seguida se adueña de la confianza de uno. No suelen ser personas sinceras, sino afectadas, que bajo una apariencia amistosa intentan aprovecharse.

—Recuerda que mañana a las ocho estaré en la oficina ocupando tu lugar. No intentes ir antes, sería inútil, siempre te ganaría.

Esa sonrisa de suficiencia. Hizo un ademán de saludo, una inclinación y se fue. Di un portazo, como si la puerta tuviese la culpa de todas mis desgracias. Me senté abatido. Por un momento pensé que todo había sido imaginado, pura invención literaria; pero en la mesita del recibidor había una tarjeta de visita con mi nombre y apellidos, las mismas señas de mi casa. Pero aquella tarjeta no era mía, nunca la habría mandado hacer así: en cartulina negra, con letras blancas, al revés de las usuales.

Llegó mi mujer y me encontró raro, más huraño de lo normal. Cuando me preguntó qué era aquello del cenicero que olía tan mal, la tarjeta de mi visitante que yo había quemado, ni siquiera le contesté. Me miró extrañada, debía tener un mal aspecto y me preguntó si padecía fiebre. Le dije que no, que todo se debía a ciertos problemas en la oficina y que ya estaba harto del trabajo. Y me refugié como otras veces en el humo del cigarrillo y en el mutismo que no pudo romper ni el cariño de sus ojos, ni sus ganas por ayudarme.

Por la noche no dormí; di vueltas en la cama y no llegué a encontrar una posición cómoda. Tenía la mente abierta, pensando si el que estaba allí sería yo o el otro que ya me hubiese desplazado. Laura, mi mujer, me dijo que estaba obsesionado por el trabajo y que debería dejarlo. Sudaba y tuve escalofríos. Lo que no se dormía era el alma, la conciencia. Debí conciliar el sueño hacia el amanecer. Aquella mañana no oí el despertador y Laura no me avisó hasta las siete y cuarto. Desperté sobresaltado, como si hubiese realizado una acción prohibida. Miré al reloj y eran ya cerca de las once. Nunca en la vida me había ocurrido tal cosa. Aunque no me gustaba el trabajo que tenía, rara vez llegaba tarde. Sobre la mesita de noche encontré una nota de mi mujer que decía: «Cariño, casi no has descansado en toda la noche. Al irme te he visto tan dormido que no me he atrevido a despertarte. Besos de Laura».

Era el destino o el proyecto concienzudamente programado del Otro. Parecía que sus planes comenzaban a cumplirse. Me sentí abrumado y completamente solo. Me levanté con un sabor a disgusto temiendo lo peor. Mientras me afeitaba, cuando me miré al espejo, tal vez por primera vez en mi vida, me observé detenidamente; y un escalofrío me